

PRODIGIOSA VIDA
DE
SAN ALEXO.

TERCERA PARTE.

HAbiendo entregado á Dios su Espiritu San Alexo, y estando diciendo Misa el Sucesor de San Pedro, quando despues del Prefacio oyeron voces del Cielo, que dicen: Ven, Siervo mio, á gozar dichoso el premio. y

y el galardon del trabajo,
que por mi amor, y respeto
has padecido, y despues
otra clara voz oyeron
muy sonora que decia:
Id, y rogad luego, luego,
al Hombre de Dios que pida
por este Romano Pueblo.
Al punto de las Parroquias,
de Hermitas, y de Conventos
se tañeron las Campanas,
con tan celestial estruendo,
que admirados los sentidos
quedaban todos suspensos.
Partióse el Emperador,
y el Senado con desvelo
á buscarlo, y no lo hallaron,
y toda Roma anduvieron.
A su Santidad se vuelven
desconsolados, diciendo,
que no lo hallan pero alli
las mismas voces oyeron,
que decian. Eufemiano
es el que retiene dentro
de su casa tal tesoro.
Fue entonces grande el contento
causado en todos, mas èl
que estaba presente á esto,
dixo: Señores, yo soy
muy pecador, y no tengo
este favor merecido.
Pero el Pontifice viendo
la humildad de Eufemiano,
sin detenerse un momento,
con todos los Cardenales,
Cruces, y acompañamiento,
fueron allá en procesion,
y Eufemiano con ellos:
el qual llegando á su casa,
que se adelantó primero,
mandó salir sus Criados
con luces, y con inciensos
á recibir al Pastor,
no cesando en este tiempo
en todos la conmocion
mayormente quando vieron,
de Cruces, y Clerecía
al punto se detubieron,
sin poder pasar de alli.
Viendo la Madre de Alexo,
y su Esposa al Padre Santo,
le preguntan el suceso
de tan superior favor,
y el Pontifice Supremo
les dixo: en la Vaticana
oimos voces del Cielo,
que dicen: que en vuestra casa
está sin impedimento,
el Hombre de Dios. y asi
la venida es solo á eso.
Todos confusos estaban,
y mas quedaron oyendo
lo que el Pontifice dixo,
pues que nada respondieron,
mirandose unos á otros,
y ninguno atribuyendo
á que fuese el Peregrino,
que subsistió tanto tiempo
debaxo de la escalera.
A este tiempo el Camarero
dixo: Sino es por ventura,
que sea ese pobre viejo,
que es hombre de buena vida,
y vi por mis ojos mismos
el que todos los Domingos
comulgaba. En este tiempo
fue á la Escalera Eufemiano,
llamólo, ya estaba muerto,
mas reluciente que el Sol,
exhalando de su cuerpo
una fragancia admirable,
y un papel entre sus dedos,
que quiso quitarle, y no
pudo conseguir su intento.
Salió á fuera, y dixo al Papa,
todo de alegria lleno:
aqui está el Hombre de Dios.
Mandó su Santidad luego,
que al Portico lo sacasen;
hicieronlo, y alli puesto,
todos

todos se hincan de rodillas
delante de èl. y el Supremo
Pastor se llegó á tomarle
el papel, y no pudiendo,
llegaron los Cardenales
uno por uno, y lo mesmo
sucede. El Emperador,
y sus Padres tambien fueron
á hacer las mismas instancias,
y lo mismo sucediò;
llegò su Esposa Sabina,
y le dixo: Santo Siervo
del Señor, por quien pasaste
tantos trabajos acerbos,
yo te pido ese papel
porque sepamos contentos
tu vida, y el Santo entonces
largó el papel, lo cogieron,
y comenzando à leer,
decia: Yo soy Alexo,
el hijo de Eufemiano,
Senador Romano. Oyendo
su Esposa, y Padres lo dicho,
fue tal el llanto que al Cielo
sus lagrimas penetraban,
y se arrojaban resueltos
los tres sobre el Santo, à quien
abrazaban sin consuelo.
Decia el Padre: Ay de mi!
Ay triste mezquino vi jo,
que confiado vivia
en ver à mi hijo Alexo!
Còmo de mi te encubriste,
trayendonos á tormentos,
y á tanto dolor à mi
y à tu Madre? què es aquesto?
Ay de mi triste vejèz!
Què atribulado me veo!
Su Madre lo mismo dice,
rasgando el vestido negro.
Dexadme llegar, decia,
á ver á mi hijo, que quiero
aumentar mi triste llanto,
arrojar sobre su cuerpo
estas lagrimas amargas,
y haciendo muchos extremos
sobre su hijo se arroja,
y con muy tiernos requiebros
le decia: Hijo querido,
en què te agraviè algun tiempo
para que asi me dexases,
pudiendo, hijo, pudiendo
declararte, y no que aqui
murieras como te veo?
Madres las que teneis hijos,
por ventura havrá consuelo
para una afligida Madre
en este dolor acerbo?
Llegò su Esposa, Sabina,
torciendo manos, y dedos,
y quando hubo conocido
por la sortija del dedo,
y la señal que la Madre
dixo tenia en el pecho,
y que la carta da indicios
de lo pasado, alli fueron
tales las exclamaciones,
llanto, y quebranto que entiendo
que á los hombres mas crueles
les quebrantára los pechos.
Sobre el cuerpo se arrojò,
diciendo con mil lamentos:
Triste de mi Tortolilla
sin su dulce compañero,
sin alegria, sin vida,
sin alivio, sin consuelo,
poseida de tristezas,
con un golpe tan violento,
que todo el pecho me pasa?
Y en fin eran los extremos
de la Esposa, y de los Padres,
tantos, que de sentimiento
à un mismo tiempo lloraban
los circunstantes con ellos.
Mandò el Papa que tomaran
en hombros el Santo Cuerpo,
llevandolo en procesion
con magestuoso entierro.
Fue el concurso innumerable,
que alli acudieron de enfermos,
man-

mancos, tullidos, y cojos,
paralíticos, y ciegos,
y quedaron todos sanos,
alegres, y placenteros,
que no podían pasar
por las calles à San Pedro,
El Papa mandó sembrar,
ó derramar por el suelo
gran cantidad de moneda,
porque à la codicia de ello
se parasen por poder
entrarlo dentro del Templo,
donde con solemnidad
las Religiones, y Clero
le hicieron las exequias,
habiendo tenido el cuerpo
manifiesto trece dias,
para que lo viese el Pueblo,
donde lo depositaron

en la bobeda, y entierro
del Señor Emperador,
que quiso honrarlo hasta en esto
Luego su Esposa Sabina
hizo voto con pretexto
de no casarse jamás,
y lo cumplió, dando luego
de mano á toda grandeza;
puso cilicio à su cuerpo,
hizo grandes penitencias,
fue Santa como sabemos.
Los Padres fueron por èl
perdonados, que los ruegos
de un Santo pueden con Dios
muy mucho en su valimiento;
Adonde dà fin la hermana
de Lucas del Olmo siendo
quien suplica al Auditorio
perdonen su corto ingenio.

FIN.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de D. Lu... de Ramos y Coria, Plazuela de las Cañas.